

TRAGEDIA Y OPORTUNIDAD PARA EL DESARROLLO SUSTENTABLE

Dedicado a Mercedes Marrero y Alfredo Cilento, insistentes voces, como otras, en llamar la atención sobre la necesidad de preparar a la sociedad para mitigar los riesgos naturales

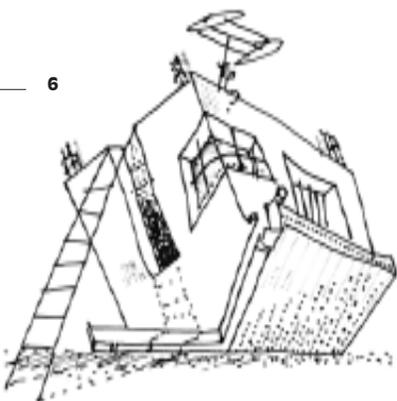
Costoso aprendizaje. Desarrollo sustentable no es una expresión esotérica de intelectuales retóricos que gustan decir de manera complicada las cosas sencillas. En diciembre de 1999, de nuevo como en muchas ocasiones anteriores (terremotos de Caracas y Cariaco, desbordamiento de ríos, inundaciones y derrumbes periódicos...), fuimos sacudidos por una irrupción de la fuerza de la naturaleza sin precedentes en la historia contemporánea de Venezuela, al menos en su amplitud y magnitud. Como frente a otros eventos naturales nos tomó no sólo por sorpresa sino desprevenidos, sin preparación. Desde entonces muchas voces expertas han recibido la atención de la opinión pública. No aparecieron de pronto estos profesionales, venían desde hace muchos años advirtiendo que la sociedad no puede intervenir y modificar la naturaleza sin tomar las previsiones del caso, que el desarrollo urbano no puede realizarse haciendo caso omiso a las leyes de la naturaleza, que los eventos naturales no se pueden evitar, pero sí prepararse para ellos para mitigar los riesgos de modo de preservar lo que no se puede reparar: la pérdida de vidas humanas.

De manera dramática un modelo de desarrollo nacional y urbano ha hecho aguas, literalmente hablando, ha mostrado sus perversiones a un elevado costo humano, social y económico. El desarrollo capitalista y urbano salvaje había sido puesto en tela de juicio desde hace décadas por los estudiosos del tema, pero no se les prestaba atención. Ante cada situación catastrófica se han planteado medidas de emergencia, pasada la cual se ha seguido la orientación precedente, incubando un nuevo desastre.

En este tipo de evento los más afectados son los más pobres, pero no los únicos porque el modelo de desarrollo nacional y urbano es indivisible, por más que haya sectores más vulnerables, nadie está exento de la lista de potenciales víctimas. Tras cada acontecimiento se van agregando damnificados a los que resultaron de situaciones similares anteriores. Hay que dejar de reproducir el círculo vicioso que al no atender las causas sino sólo las consecuencias más evidentes, crea las condiciones para que se reproduzca el fenómeno de manera incesante. Más allá de la atención inmediata que reclama este tipo de situaciones, hay que construir una orientación que sea capaz de atender el fondo del problema, a la vez que prepararnos para una acción ante estos eventos.

Hay que diferenciar dos planos del asunto. De una parte, modificar un modelo de urbanización que somete a los ciudadanos a un riesgo extremo, al permitir asentamientos humanos en lugares no aptos; de otra parte, la necesidad de prepararse para los eventos naturales en el entendido que no hay un lugar completamente exento de riesgo, aunque sea remoto. El primer plano supone fundar un desarrollo nacional y urbano sustentable, modificando el patrón actual cuyo único norte es el lucro, despreciando las consecuencias que tal modelo supone, entre otras el no dar opciones de localización segura a los sectores de bajos ingresos. El segundo plano implica que somos conscientes de las consecuencias de la intervención humana sobre la naturaleza, lo cual supone riesgos que pueden ser mitigados, algunos de ellos por un modelo de desarrollo más atento a una relación sociedad-naturaleza más armónica, otros por la preparación para preservar la vida humana ante eventos naturales que la hacen peligrar.

La tragedia vivida por Venezuela, cuya muestra más dramática fue en el estado Vargas, pero que afectó de diferente manera a ocho entidades regionales, y las respuestas que recibió nos indican la necesidad de estar preparados para la atención y la mitigación del riesgo. Algunos ejemplos nos indican que aun ante la agresividad del evento natural, se podía actuar. Los casos de la efectiva acción de la red social en el caso de Catuche en Caracas, la acción preventiva de evacuación en Miranda y Zulia, minimizaron la pérdida de vidas, al actuar a tiempo. Lo mismo que la acción posterior en Caracas para evitar nuevas tragedias en terrenos de alto riesgo. Estos ejemplos nos muestran que si no se pueden en ciertos casos evitar las pérdidas patrimoniales, sí se pueden preservar las vidas de los ciudadanos. Las edificaciones se pueden volver a construir, pero desconocer la tragedia que significa rehacer una morada labrada a lo largo de muchos años, pero lo que no se puede es revivir



a quienes pierden la vida.

Esto es sólo un lado del asunto. Aunque estamos obligados a vivir con la posibilidad de eventos naturales y debemos prepararnos para ellos, no podemos obviar que muchas de las pérdidas humanas y materiales se han podido evitar si los asentamientos humanos hubieran sido ubicados en sitios más aptos, y si una parte de la sociedad (la de más bajos ingresos) no hubiera sido empujada, ante la ausencia de otras opciones, a localizarse en sitios riesgosos. Es aquí donde entra en discusión el modelo de urbanización y de desarrollo excluyente que hemos permitido. Y es en este punto donde debemos concentrar nuestros esfuerzos como sociedad y como Estado. Fundar un desarrollo nacional y urbano sustentable y equitativo. Si no se actúa en esta dirección, los enormes y justificados esfuerzos para atender a los afectados por esta tragedia sólo serán provisionales, estaremos incubando una nueva generación de damnificados en otro evento.

Hemos sostenido que, más allá de nuestro dolor por lo sucedido, hay que transformar la tragedia en oportunidad. Este evento que nos ha removido tan profundamente no puede quedarse en la atención de los afectados, lo cual es impostergable. Tiene que producir en nosotros una reflexión profunda sobre el camino futuro. Estamos en tiempos de cambio, convirtamos este evento tan desgarrante en punto de partida para repensar el desarrollo urbano y nacional bajo una nueva óptica. Si algo nos ha enseñado este acontecimiento es que no sólo hay que pensar en un nuevo modelo de desarrollo sustentable, sino que hay que estar preparados para estos eventos. No se puede responder a ellos si no los hemos previsto y si no se han tomado las acciones previas para actuar cuando ellos irrumpen.

Tecnología y Construcción tres veces al año

Tras dieciséis años de trabajo editorial, primero como anuario, después con una frecuencia semestral, nuestra revista se lanza al reto de salir cuatrimestralmente. Es el resultado de un esfuerzo sostenido del IDEC de la UCV en sus primeros años, al cual se sumó el IFA de LUZ como coeditor desde 1994, siendo los pioneros como la primera revista científico-tecnológica editada por dos universidades nacionales. Por ser la única revista venezolana especializada en el campo de la investigación y el desarrollo tecnológico de la construcción, ha ido creando un espacio para la difusión y el debate en estos temas desde una perspectiva integral e interdisciplinaria. Nos sentimos preparados para una mayor frecuencia de salida tanto en nuestra versión impresa como electrónica, y desde el presente año 2000 nuestros lectores tendrán nuestra publicación más frecuentemente (tres veces al año). Un reto y una necesidad frente a la consolidación de una revista que hemos ido posicionando nacional e internacionalmente con un trabajo paciente y sostenido. Esta mayor frecuencia de su publicación es una respuesta a quienes como autores y lectores nos han apoyado a lo largo de estos años, a quienes han hecho de **Tecnología y Construcción** su espacio de difusión y debate del campo del conocimiento científico-tecnológico, que es el centro de nuestro interés.

Alberto Lovera